

# Carlos Mayo y los estudios eclesiásticos

*Jorge Troisi*

Hasta el último cuarto del siglo XX, los investigadores de la historia religiosa se dividían entre los activistas pro-Iglesia y los detractores anticlericales. Quedaba poco espacio para el análisis imparcial. A las historias casi oficiales del catolicismo, cuya idea era demostrar la participación de la Iglesia en la formación de los Estados nacionales, se fueron sumando desde la década de 1970, estudios sobre la relación entre la Iglesia institucional y esos mismos Estados. Estos enfoques se multiplicaron casi sin ningún diálogo entre sí.

Esta dicotomía en la historiografía reflejaba divisiones políticas más amplias. Desde un sector se lamentaba la progresión implacable de la secularización en los siglos XIX y XX; desde el otro, se describía a la Iglesia católica como un auténtico opresor. El único corolario de estas teorías opuestas era que la religión no merecía mayor atención académica.

En la década de 1980, principalmente a raíz de enriquecedores diálogos interdisciplinarios, los historiadores comenzaron a descubrir que el catolicismo no había sido ni invencible ni uniforme en el continente. Merecía, por lo tanto, un estudio más profundo. En la Argentina, primero los colonialistas y luego los investigadores del siglo XX, comenzaron a admitir la imperiosa necesidad de un análisis crítico, racional e imparcial de la acción de la Iglesia, para alcanzar una mejor comprensión de aquellas sociedades que componían su campo de estudio.

Dentro de ese revisionismo de los colonialistas, Carlos Mayo comenzó claramente a destacarse. Fue el cruce de las lecturas de François Chevalier (1952) y las de Frank Tannenbaum (1947) lo que llevó a Mayo a asomarse a la historia eclesiástica. Mientras Chevalier le brindó la idea de una hacienda colonial modelo a la que cuestionar, Tannenbaum le abrió el camino para interrogarse sobre la mano de obra de esa hacienda. En su famoso estudio de fines de la década de los 40, Tannenbaum afirmaba que la esclavitud en Latinoamérica había sido más benigna que en la América anglosajona, debido tanto a una legislación que respetaba los derechos del esclavo, como a la influencia moderadora de la Iglesia católica.

Chevalier y Tannenbaum le brindaron a Mayo un pasaje que lo trasladaría directamente a la Compañía de Jesús y a sus fuentes sobre sus propiedades agrarias coloniales. Los jesuitas llevaban minuciosos registros de sus actividades económicas, que guardaban con celo de extraños y de la Corona, pero la expulsión de 1767 los convirtió en públicos. A la minuciosidad jesuita se le agregaba el cuidado de los administradores laicos que, tras la expulsión, en su afán de defender la idoneidad y la honestidad de sus desempeños, proporcionaron a los historiadores un tesoro documental para penetrar en el mundo agrario de fines del siglo XVIII. A Carlos Mayo le gustaba ir a los clásicos, no para iniciar un recorrido informativo en algún tema sino para retomar las preguntas que habían quedado planteadas en el tiempo. Su desprejuiciada lectura de las fuentes le permitía ir a la búsqueda de esas preguntas, las que le abrían otras, y sobre todo a los que vendrían después de él.

Así, a principios de la década de 1980, Carlos Mayo formó un equipo académico para estudiar los casos específicos de establecimientos productivos en el interior del Río de la Plata colonial. Examinaron la producción, circulación y consumo de bienes, los salarios y su relación con el mercado, la composición y el rol jugado

por las diferentes fuerzas de trabajo en distintas estancias jesuitas del interior.<sup>1</sup>

En su indagación, descubrieron un actor del mundo rural casi olvidado por los historiadores contemporáneos: el esclavo. La tierra los llevó a los jesuitas, y los jesuitas los llevaron a los esclavos. Estos constituían la principal fuerza de trabajo en las haciendas jesuitas. Mayo describió no solo la compleja política esclavista jesuita, sino que advirtió que el corazón de su empresa estaba basado por entero en la explotación del trabajo esclavo.

Fue precisamente en ese momento cuando, inmerso en el estudio de las propiedades de los jesuitas, la curiosidad natural de Mayo lo llevó a estudiar otras órdenes. Su obra sobre el convento betlemita de Buenos Aires en la transición del período colonial al independiente constituye el primer avance importante de la renovación del tema.<sup>2</sup> Le interesaba la interacción entre las normas religiosas y los intereses económicos. Desde una perspectiva weberiana, describió la permanente tensión que experimentaban los betlemitas entre ser una orden mendicante y ser una institución crediticia.

El libro seminal de Carlos Mayo *Los betlemitas en Buenos Aires: convento, economía y sociedad (1748-1822)* abrió paso a la renovación de los estudios sobre el mundo eclesiástico y monástico en particular, tanto de cara al interior de las instituciones como en sus vínculos con el exterior de sus espacios de pertenencia. Carlos incursionó en la historia de la Iglesia y comenzó a crear toda una línea de investigación que aún no existía en la Argentina. Hoy nadie discute la relevancia de los estudios sobre religión.

---

<sup>1</sup> Mayo, Carlos A. y Fernández, Ángela (1989), El peonaje rural rioplatense en una época de transición, *Anuario de Estudios americanos*, Sevilla: tomo XLVI. Mayo, Carlos A. (1994). Las Haciendas jesuíticas en Córdoba y el Noroeste argentino, en Mayo, Carlos A. (compilador), *La historia agraria del interior. Haciendas jesuíticas de Córdoba y el Noroeste*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

<sup>2</sup> Mayo, Carlos A. (1991). *Los betlemitas en Buenos Aires: convento, economía y sociedad (1748-1822)*, Sevilla: Excelentísima Diputación Provincial de Sevilla.

Mientras tanto, las investigaciones sobre las estancias jesuíticas derivaron en una indagación respecto del carácter del peonaje rural rioplatense. La mano de obra esclava había jugado un papel clave en el desempeño económico jesuita en el noroeste. El producto del trabajo esclavo era transferido a la remuneración del libre en un proceso que se repetía en cada uno de los establecimientos productivos estudiados. Los jesuitas, que tenían mayor capacidad económica que cualquier otro competidor laico, habían optado por la mano de obra esclava porque habían comprendido que el problema de la pampa era la inestabilidad del trabajo. Mayo volcaría posteriormente esas ideas en sus aportes a la famosa polémica sobre el gaucho colonial y, sobre todo, en su obra más elaborada sobre el mundo rural, *Estancia y sociedad en la pampa, 1740-1820*, que publicó en 1995.

## **Bibliografía**

- Chevalier, F. (1952). *La formation des grands domaines au Mexique terre et société aux XVIe et XVIIe siècles*. Paris: Instituto de Etnología de París.
- Mayo, C. A. (1994). Las Haciendas jesuíticas en Córdoba y el Noroeste argentino. En Mayo, C. A. (compilador), *La historia agraria del interior. Haciendas jesuíticas de Córdoba y el Noroeste*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Mayo, C. A. (1991). *Los betlemitas en Buenos Aires: convento, economía y sociedad (1748-1822)*, Sevilla: Excelentísima Diputación Provincial de Sevilla.
- Mayo, C. A. (1995). *Estancia y sociedad en la pampa, 1740-1820*. Buenos Aires: Biblos.
- Tannenbaum, F. (1947). *Slave and Citizen: the Negro in the Americas*. New York: Alfred A. Knopf .
- Mayo, C. A. y Fernández, Á. (1989). El peonaje rural rioplatense en una época de transición. *Anuario de Estudios americanos*; Sevilla, tomo XLVI.